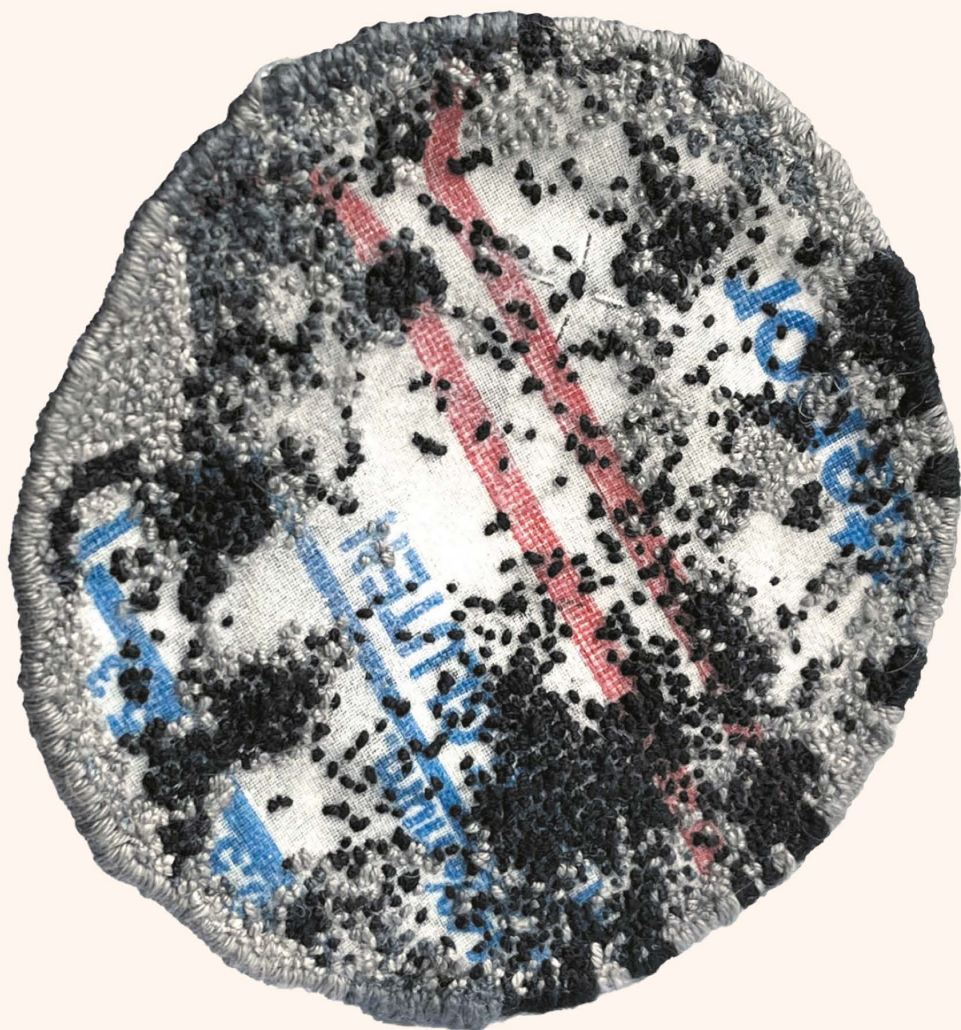


ISRAEL EN GAZA

La encrucijada
histórica del
judaísmo



EDUARDO SABROVSKY

PAIDÓS

ISRAEL EN GAZA

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor. Todos los
derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o
reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes
con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o
tecnologías de inteligencia artificial.

© 2025, Eduardo Sabrovsky
Derechos exclusivos de edición
© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

Imagen de portada: Paula Zuker
Diseño de portada: Isabel de la Fuente
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: enero de 2025

RPI: 2024-A-10975
ISBN: 978-956-6366-32-4

Impreso en:

EDUARDO SABROVSKY

ISRAEL EN GAZA

**La encrucijada histórica
del judaísmo**

PAIDÓS

Índice

Agradecimientos	11
Prólogo. Mi vida como judío	13
Introducción	25
CAPÍTULO I	
El sionismo. En busca de la diversidad perdida	39
CAPÍTULO II	
Deconstruyendo el mito bíblico	63
i) ¿Exilio o diáspora?	67
ii) El proselitismo en la historia del judaísmo	74
iii) Los judíos: una no-raza	84
CAPÍTULO III	
Acerca de la supuesta singularidad del Holocausto judío	99
CAPÍTULO IV	
El antijudaísmo de hoy y sus promotores	155
CAPÍTULO V	
Conclusión. El judaísmo después del mito	165
Nuestro hogar en el universo	187
Bibliografía	199

Prólogo. Mi vida como judío

Seguimos [la] práctica de definir la identidad judía no según la ley judía tradicional, que solo considera judíos a los hijos biológicos de mujeres judías y a las personas convertidas por rabinos ortodoxos. Por el contrario, incluimos a los conversos al judaísmo (independientemente de la afiliación del rabino que realizó la conversión), a cualquier persona con al menos un progenitor judío que se definiera a sí misma y/o fuera percibida por los demás como judía (incluso si se convirtieron del judaísmo de adultos o se desvincularon de la comunidad judía), y a cualquier persona que se autoidentifique como judía.

*The Shalvi/Hyman Encyclopedia
of Jewish Women*

Una muy previsible rebelión, sangrienta como las rebeliones de los campos de prisioneros suelen ser. Y en la cual, asimismo, quienes pagaron con sus vidas la deuda contraída por los carceleros fueron, en su mayoría, los justos¹. Los pecadores, en cambio, habituados a la impunidad, tardaron horas en salir de su estupor. Y cuando al fin lo lograron, dieron inicio al escarmiento, supuestamente dirigido contra los pecadores del lado opuesto del muro, pero en verdad contra todos y todo lo que se pusiera

-
1. Con ocasión del primer aniversario de los acontecimientos del 7 de octubre, ha sido frecuente calificar este hecho como la mayor matanza de judíos después de Holocausto. Hay al menos tres cuestiones discutibles es este calificativo. La primera es que lo mismo hubiese ocurrido si el campo de prisioneros que Gaza hubiese estado en cualquier lugar del mundo. Por ello, la matanza no estuvo dirigida contra los judíos en cuanto tales, sino en cuanto carceleros, al margen de que las víctimas mismas no lo fueran. La segunda cuestión es que el contexto no es en absoluto el del Holocausto judío: no se trata ya de una minoría indefensa, sino de los habitantes de un país, Israel, de enorme poder militar, que se sirve de él para mantener a sus “otros” —“sus judíos”, se podría decir— sometidos a un régimen excluyente y represivo. Por último, que exista odio contra los judíos en Gaza (y también en los demás territorios ocupados por Israel) tampoco es un argumento válido para invocar una continuidad con el Holocausto: en su calidad de carcelero y ocupante, el Estado de Israel lleva décadas educando a la población palestina en ese odio.

por delante. “¡Matadlos a todos! ¡Dios reconocerá a los suyos!”. Con ese grito de guerra, el papado romano lanzó su cruzada contra los herejes albigenses, en la Occitania de inicios del siglo XIII de nuestra era. La *Biblia Hebrea* contiene una exhortación semejante: el exterminio del clan de *Korah* por su rebelión contra Moisés. “Pero si el Señor crea una creación, y la tierra abre su boca y se los traga a ellos y a todo lo que es suyo, sabrás que esos hombres han provocado al Señor” (Números 16.30).

Con esa figura —“la tierra abre su boca y se los traga a ellos y a todo lo que es suyo”— la *Biblia Hebrea* parece prefigurar los feroces bombardeos israelíes sobre Gaza; la mortífera posteridad de los sucesos del 7 de octubre de 2023, posteridad de la cual forma parte también la encrucijada que enfrenta la identidad secular judía. O permanecer atada a Israel, ese supuesto “Estado judío” en el cual lo judío, cristalizado en mito, legitima el más radical etnonacionalismo; o bien asumir la crisis, liberando a lo judío de la camisa de fuerza del etnonacionalismo y sus mitos identitarios, para intentar volver a hacer de la tradición judía secular ese huésped de los umbrales —ni dentro ni fuera, sino ambas cosas a la vez— recuperando para ella esa condición que, durante significativos períodos de su historia, hizo posible a los judíos contribuir, en ocasiones de modo eminente, a las culturas que los acogieron.

Por cierto, desligar lo judío de Israel no es tarea fácil. Pero sí es imprescindible, especialmente porque, y así lo expongo en este libro, el Estado de Israel, en su intento de someter a la población palestina mediante el *apartheid* y la violencia genocida, se ha transformado en el principal agente del antijudaísmo en el mundo contemporáneo. Obviamente, los judíos observan este renovado antijudaísmo con preocupación y temor. Pero el coro de los actuales supuestos defensores de los judíos —los dispositivos de gobierno del mismo Estado de Israel, de los EE.UU., más la renovada ultraderecha europea (¡¡!!)— no es el remedio, sino precisamente la enfermedad.

El antídoto más poderoso para la enfermedad social del antijudaísmo sería, en cambio, la explícita y activa desvinculación

de la identidad judía del Estado de Israel en tanto entidad etnonacionalista. No estoy abogando, ciertamente, por su desaparición, sino por su transformación en una verdadera democracia liberal, un Estado ciego ante la filiación étnica, religiosa o de cualquier otro tipo, de sus ciudadanos. Ahora bien, si esto llegase a suceder, ¿qué sería entonces de la identidad judía secular, que aún con excepciones significativas, lleva ya casi ocho décadas fundada en la ciega lealtad al “Estado judío”? Nada de esto es de fácil respuesta. Pero es razonable pensar que, o bien la cultura secular judía asume que su lugar propio está, como siempre lo estuvo, en la diáspora, en la diseminación entre las naciones; o bien, como no pocos sionistas de la primera hora lo pensaron —mas ahora, con la cruel ironía de la historia de por medio— habría que aceptar que con el Estado de Israel el judaísmo habría llegado a su consumación histórica y, por tanto, a su fin, pero disolviéndose ahora, no en una nación que, al dejar de ser judía, habría de transformarse en “hebrea” o “cananea”, sino en la cultura global del siglo xxi.

No soy ingenuo. Sé que la solución de los dos estados ya no es más que palabrería vacía, tal como los mismos sionistas liberales, hasta hace poco aún aferrados a esa fantasía que les permitía conciliar su liberalismo con su ceguera ante la realidad de Israel, crecientemente lo reconocen.² Y sé también que aquello por lo cual en el párrafo anterior he dicho estar abogando carece también de condiciones bajo las cuales hacerse realidad. Pues la hostilidad, la guerra entre dos contrincantes, si bien puede haber sido iniciada por un altercado menor, puede transformarse, poco a poco, y luego con aceleración creciente, en un sistema autosustentado, en el cual la desconfianza mutua entre los antagonistas

-
2. Caso paradigmático es el de Peter Breinart, actualmente editor general de la prestigiosa publicación *Jewish Currents* y, hasta fines de la década de 2010, el más visible portavoz del sionismo liberal y de la solución de los dos Estados. En 2020, no obstante, Breinart publicó en *Jewish Currents* el artículo “Yavne: A Jewish Case for Equality in Israel-Palestine”, donde reconoce abiertamente su imposibilidad. Ya en agosto de 2018, Beinart había sido detenido en el aeropuerto Ben Gurion por agentes del Shin Bet, el servicio de seguridad interna israelí, en represalia por sus críticas a la política gubernamental de Israel para con los palestinos.

aumenta en cada iteración, de modo que cada uno de ellos es llevado a realizar ataques preventivos que responden a la demanda de seguridad de sus respectivas poblaciones, las cuales a su vez viven cada vez en condiciones más inseguras, y así hasta la destrucción del más débil de los contendientes —sabemos, en este caso, cuál de ellos es— o bien de ambos. Es el caso de Israel y la población árabe palestina, desde los tiempos de la caída del Imperio Otomano y del Mandato Británico de Palestina que lo siguió. Si esto ya venía desarrollándose durante décadas, ¿qué se puede esperar después de que, como lo anunciaba la *Biblia Hebrea*, en Gaza “la tierra ha abierto su boca y se los ha tragado a ellos y a todo lo que es suyo”³.

Este libro es, por una parte, la expresión de la vida de un judío que, al no provenir de un “vientre judío”, sino de un padre de ese origen, hubo de asumir su condición no en términos de un destino impuesto desde el exterior, por un rabino que, en esos tiempos —nací solo cinco años después de la derrota del nazismo— me habría impuesto una conversión humillante, sino de un proceso de apropiación de una historia y de una tradición, la del judaísmo secular, que bien merecían sobrevivir y ser proyectadas hacia el futuro. Y la cita de la *Shalvi/Hyman Encyclopedia of Jewish Women* que preside este prólogo articula esta proyección: la necesidad de abrir la condición judía hacia la legión de judíos en diferentes situaciones de “anomalía” en la diáspora contemporánea. También se la podría resumir en una breve fórmula: ningún judío es “normal”. O sea, nadie es “totalmente judío”: las identidades supuestamente totales son la

-
3. *Vicious Circle: A Novel of Complicity*, novela de Robert Littell publicada en 2006 (The Overlook Press) es una extraordinaria alegoría de la espiral de violencia y odio que estoy describiendo. Isaac Apfibaum, conocido rabino fundamentalista, es tomado como rehén por el Dr. al-Saath, legendario terrorista palestino, que exige la liberación de presos palestinos a cambio de su prisionero. No obstante, a lo largo de la novela, secuestrador y secuestrado van descubriendo que, en lo esencial — el significado de la vida humana, los valores— piensan exactamente lo mismo: las décadas de conflicto los han transformado en gemelos, imágenes especulares el uno del otro. De no mediar la línea divisoria que los separa, harían causa común contra sus genuinos enemigos, judíos y árabes secularizados.

vía más corta hacia el totalitarismo y sus procesos inquisitoriales contra los “menos totales”.⁴

Respondiendo a una carta de Gershom Scholem, quien la censura duramente por sus observaciones y reflexiones sobre el juicio a Adolf Eichmann en su célebre *Eichmann en Jerusalem*, Hannah Arendt expone su concepto de la condición judía en términos con los cuales me identifiqué plenamente. En su carta, Scholem escribía: “La considero a usted enteramente hija de nuestro pueblo, y no de otra manera”. Arendt, quien sin duda sabía leer entre líneas, consideró ofensivo este reconocimiento: para ella se trataba de una condición que solo a ella le correspondía reconocer. Escribió:

La verdad es que jamás he pretendido ser otra cosa ni ser de otra manera de lo que soy, y ni siquiera me he sentido jamás tentada en esa dirección. Habría sido como decir que era un varón y no una mujer, es decir, una especie de locura. Sé, por supuesto, que existe un “problema judío” incluso a este nivel, pero nunca ha sido mi problema, ni siquiera en mi infancia. Ser judía pertenece para mí a los hechos indiscutibles de mi vida, y nunca he tenido el deseo de cambiar o desmentir hechos de este tipo. Existe algo así como una gratitud básica por todo lo que es como es; por lo que ha sido dado y no hecho; por lo que es *physis* [natural, dado] y no *nomos* [costumbre]. Sin duda, una actitud así es pre-política, pero en circunstancias excepcionales —como las circunstancias de la política judía— está destinada a tener también consecuencias políticas, aunque, por así decirlo, de forma negativa.⁵

-
4. Según la tradición de la Cábala, los judíos por línea patrilínea somos “zera Yisrael”, “semillas del pueblo de Israel”. Semillas que podíamos germinar, o no. En mi caso, la semilla sí había germinado. Así lo reconoció el rabino Marcelo Bronstein, discípulo del célebre rabino Marshal Meyer, ardiente defensor de los DD.HH. en la Argentina de los años de la dictadura. Estábamos a fines de 1989, y Marcelo había fundado y dirigía la Congregación Or Shalom en Santiago de Chile, a la cual fui invitado a participar sin condición alguna.
 5. Arendt, Hannah. *The Jewish Writings*. Schocken, 2007, p. 466. Para la carta de Scholem a Arendt: Scholem, Gershom. *On Jews and Judaism in Crisis. Selected Essays*. Schocken Books, 1976, pp. 296 y ss.

En esta polémica epistolar con Arendt, Scholem deja la impresión de no haber podido comprender, dar alcance a la amarga ironía que destilan las páginas de *Eichmann en Jerusalem*.⁶ No obstante, gracias a su paciente erudición, la mística judía, la Cáballa, pudo ser rescatada del sótano al cual había sido confinada por el judaísmo rabínico. Y la de Scholem fue una erudición puesta al servicio de un audaz proyecto teológico-político: revitalizar al judaísmo, de la misma manera como los filósofos alemanes de inicios del siglo XIX habían intentado revitalizar el proyecto moderno, apuntando hacia ese absoluto que, estando más allá del alcance de la razón y su ley, sería sin embargo su irrecusable origen, la base de su legitimidad y vida.

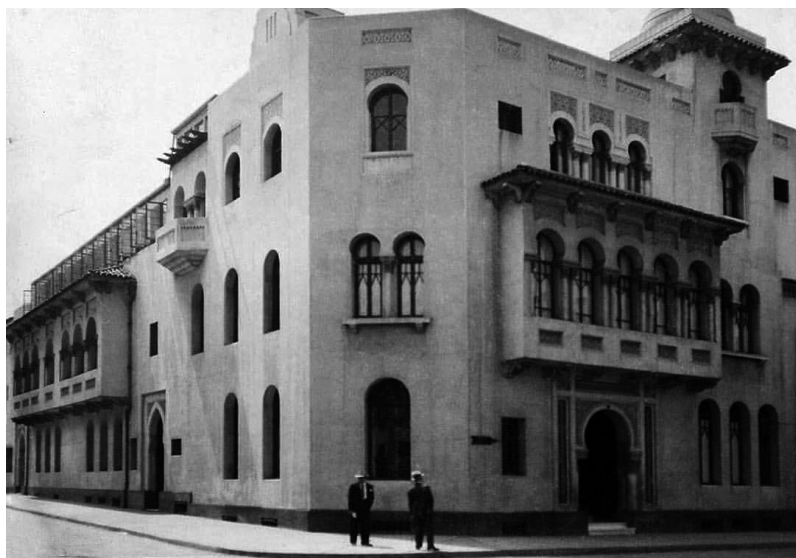
Scholem ha sido un interlocutor importante en las etapas más avanzadas de mi interna y personal “conversión” al judaísmo secular; está presente, además, en múltiples momentos en este libro. Pero esa “conversión” se había iniciado mucho antes. Soy el único vástago de un matrimonio mixto; de un núcleo familiar formado por un padre, Moisés David, y una madre, Malvina Berta, que, si en algo coincidían, era en su ateísmo, en su adhesión invariable a Salvador Allende y a lo que representaba, y en su interés por la política local y, especialmente, internacional: los comentarios radiales de Luis Hernández Parker no podían faltar en nuestros almuerzos y cenas. Pero hay un tercer personaje en esta apretada historia familiar: mi abuelo Aaron Sabrovsky Simkin, judío venido de la Rusia anterior a la revolución de 1917, la de los *pogroms* —una palabra que prematuramente entró en mi léxico— y, en el caso de mi abuelo, de la

6. Así, al parecer se dejó llevar por el repudio vociferante con que el judaísmo oficial, tanto en Israel como en la diáspora, había recibido el libro de Arendt. El repudio fue provocado por las revelaciones contenidas en él sobre la colaboración que no pocos dirigentes de las comunidades judías europeas prestaron a los nazis cuando se trató, a partir especialmente de la Conferencia de Wansee, de enero de 1942, de programar la deportación masiva de judíos hacia los campos de exterminio en vistas a la “solución final”, cuya operatoria fue planificada en dicha conferencia. Contrasta esta actitud con el modo como el mismo Scholem se refiere, en una larga entrevista contenida en *On Jews and Judaism in Crisis* (“With Gershom Scholem: An Interview”), a temas altamente controvertidos, como la conducta del establishment judío, a las “mentiras sionistas” y a la inescrupulosa especulación inmobiliaria en la Palestina judía anterior a 1948.

catastrófica guerra ruso-japonesa y el llamado a filas de las cuales supo hábilmente desertar, para luego arreglárselas para llegar a la Argentina, donde contrajo matrimonio con otra judía emigrada, Rosa Iscovich, y donde mi padre y sus hermanas nacieron y se criaron hasta el momento en que atravesaron la cordillera para llegar a Chile. Mi abuela murió joven. Y es así como, en algún momento durante mi infancia, a mediados de la década de 1950, mi abuelo llegó a vivir con nosotros. Lo normal en esos tiempos habría sido que fuese acogido por alguna de sus hijas; si así no sucedió se debió a la intervención de mi madre, cuyo matrimonio con un judío la había alejado de parte de su familia cristiana y la había llevado a aproximarse, más bien, a la familia de mi padre.

Mi abuelo era un judío no creyente que, sin embargo, leía constantemente la *Torah*, la *Tanaj*, el *Talmud* y asistía a la sinagoga para la víspera del Shabbat; afirmaba además que, de haber sabido que la Revolución bolchevique estaba en el horizonte, no habría abandonado Rusia. Quizás por todo eso, me crié en un ambiente soviétófilo y argentinófilo, y en el cual lo judío se traducía, entre otros síntomas, en la aversión a las conversiones al catolicismo que un par de veces sacudieron a la familia. La sinagoga en cuestión era la Gran Sinagoga de Santiago, ubicada en la calle Serrano, en el centro de la ciudad. Anexo se hallaba el Círculo Israelita, inaugurado en 1935, y del cual mi abuelo, que había sido mueblista en la Argentina, fue administrador durante buena parte de su vida en Chile. De esa admirable obra arquitectónica, testimonio de la presencia de los judíos en la vida ciudadana, solo restan algunas imágenes. Ambos, sinagoga y círculo, fueron demolidos el 2010; su lugar lo ocupa una horrorosa torre de Babel construida —¿coincidencia?— por la empresa Paz-Froimovich.⁷

7. Círculo y sinagoga fueron demolidos, en efecto, en 2010, por decisión de quienes dicen representar a los judíos en Chile. Por entonces, la sinagoga de la calle Portugal también desapareció. Todo esto delata un afán, quizás no totalmente consciente, de borrar la memoria judía de la ciudad, que coincide con la fuga de buena parte de la población judía en dirección a los contrafuertes cordilleranos, imitando el gesto de quienes solían excluirlos de sus vecindarios y lugares de veraneo (Santo Domingo, Zapallar). En la actualidad, solo la sinagoga Bicur Jolim (ubicada en Av. Matta 624) se mantiene próxima al centro de Santiago.



Edificio del Círculo Israelita de Chile, 1935. [Fotografía], colección Simon Gurovich, 1935, Archivo Enterreno.

Esta fue una afrenta contra la memoria judía local. Y también contra la mía propia. Pues no fueron pocas las mañanas de fines de semana que, de niño, pasé jugando en los patios y salones que mi abuelo custodiaba. Con mis padres en el trabajo durante el día, además, quien me acompañaba en los largos atardeceres del Santiago de los años 1950 e inicios de los 1960 era mi abuelo. En mi memoria, salgo del colegio y camino a nuestra casa, una modesta pero sólida vivienda propia ñuñoína a la cual, en esos años, una pareja de asalariados de “cuello blanco” como mis padres habían podido acceder. Y es siempre invierno, de modo que mi abuelo y yo estamos sentados en torno a la infaltable y maloliente estufa a parafina de entonces. Mientras hago mis tareas o leo, mi abuelo hojea siempre los mismos volúmenes, en hebreo, en *yiddish*. Y, como comparte sus lecturas conmigo, esas tardes de invierno fueron mi Beit Midrash, mi salón de estudios judío.

Cuando mi abuelo murió, yo era ya un adolescente. Yace en el Cementerio Israelita de Santiago. Y digo “yace”, no “fue enterrado”. Según la tradición, los judíos han de ser sepultados en la tierra. Pero, al parecer, al menos en Chile, esa tradición

se suspende cuando, como la mía, a la familia del muerto no le alcanza el dinero para pagar un sitio en tal cementerio. Pero esto no parece ser excepcional: de hecho, existe aún allí una construcción donde los judíos sin dinero yacen en nichos de concreto. En uno de ellos, no obstante haber trabajado durante décadas para el Círculo Israelita, yace Aaron Sabrovsky —el nicho se puede visitar—, un judío sin dinero, como tantos otros que los mismos que han decidido borrar la memoria judía de la zona céntrica de Santiago a la vez invisibilizan.

La madre de mis hijas es una judía nacida en Israel, con quien compartí veinte años de mi vida. Sus padres, judíos chilenos, habían respondido muy tempranamente (1948) al llamado a realizar, en los *kibbutzim*, el sueño de un socialismo integral. Años después, la realidad los sacó de ese sueño, y retornaron a Chile. A través de ella, de sus padres y del resto de su familia, conocí la vida de esos “parias” judíos que vivían entre nosotros, dedicados a las letras, la erudición, la música, el teatro, y cuya evidente condición de judíos estaba acompañada por una muy activa participación en la vida cultural y política del país, lo cual les valía, ya en ese tiempo, la desconfianza de los autoinvertidos representantes de la comunidad judía local de la época. Y la otra cara de la moneda, por así decirlo: ya pronto se cumplirán otros veinte años de mi vida en pareja, ahora con la hija de una inmigrante palestina, cristiana ortodoxa, llegada a Chile a mediados de los años 1950. Mis reflexiones críticas en torno al Estado de Israel y su tratamiento de los palestinos anteceden, por cierto, a esa relación. Pero ella también ha hecho posible enriquecer mi preocupación por el destino del judaísmo, ahora con la experiencia directa de la vida de los palestinos tanto dentro como fuera de Israel y de los territorios que ha usurpado.

Estos son “los hechos indiscutibles de mi vida” (Arendt): judíos versus cristianos; israelíes versus palestinos; judíos sin y con dinero; la inmediatez del Holocausto judío, su impacto en mi memoria, su presencia constante en mis primeras lecturas; la experiencia del antijudaísmo entre los niños de mi generación; mis tardes de invierno con mi abuelo y mi experiencia

de la existencia de un tipo de judío, el “judío como paria” —a diferencia del “judío como *parvenu*” (advenedizo), la distinción es de Arendt— como ejemplo en torno al cual moldear mi identidad.⁸ En mis primeros años de universidad, a fines de los años 1960, formé parte de un movimiento sionista cuyo solo nombre e ideas suenan hoy inverosímiles: Frente de Izquierda Sionista (FIS) que, inspirado en las ideas del sionista-marxista Ber Borojov (1881-1917) consideraba al sionismo como un movimiento de liberación nacional a la par con aquellos que por esos años surgían explosivamente en los países del Tercer Mundo; pero que, *oy vay-zmir!*,⁹ compartía la desafortunada consigna sionista que hacía de Palestina “una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra”. Pero lo que me atrajo del FIS no fue el sionismo —emigrar a Israel jamás se me pasó por la mente— sino la inolvidable amistad con quienes encontré allí: jóvenes judíos quienes, al menos por entonces, nada tenían de *parvenus*; un medio en el cual la identidad judía, liberada del yugo religioso, era una interrogante abierta que explorábamos, no bajo la tutela de la autoridad secular o religiosa judía, sino más bien inspirados en el existencialismo al estilo Jean Paul Sartre: la identidad auténtica no podría ser aquella impuesta desde afuera, sino un autónomo asumir las circunstancias de la propia vida.

La gran mayoría del FIS hizo *aliyah* (emigración a Israel) a inicios de los años 1970; al poco tiempo perdimos contacto. Algunos retornaron pronto a Chile. A menudo me he preguntado cómo habrá sido estrellarse contra una realidad tan alejada del

8. Arendt la explica así: “Todas las alabadas cualidades judías —el ‘corazón judío’, la humanidad, el humor, la inteligencia desinteresada— son cualidades de parias. Todos los defectos judíos —la falta de tacto, la estupidez política, los complejos de inferioridad y el afán de dinero— son propios de advenedizos. Siempre ha habido judíos que no creyeron que mereciera la pena cambiar su actitud humana y su visión natural de la realidad por la estrechez del espíritu de casta o la irrealidad esencial de las transacciones financieras (“We Refugees”, *The Jewish Writings*, p. 274).

9. Yiddish por ¡Ay de mí! Esta y otras expresiones —*meine tsures* (mis desgracias); *meshugaas* (loco, insano); *tujes* (trasero, *poto*)— abundaban en el medio en que transcurrió mi infancia; mi madre era quien con mayor frecuencia las utilizaba. En sus últimos años las olvidó.

ideal sionista que por entonces los movía. Yo, en cambio, pasé de ese tibio sionismo a una militancia comunista nada tibia,¹⁰ pero que llegó a su fin, en penosas circunstancias, después de un período a partir de inicios de los años 1980, en que el paria judío, el disidente que hay en mí, mantenido hasta entonces a raya bajo las exigencias de la disciplina partidaria y de la semi-clandestinidad (permanecí en Chile durante todo el período de la dictadura), no pudo evitar emerger hasta activar la paranoia, esa enfermedad que el comunismo arrastraba desde los mismos inicios de la Revolución bolchevique y que, cual fiebre maligna, rebrotó entonces entre nosotros.

Con esto llego al final de este relato, mi vida como judío. Pero este libro, tal como lo escribí al inicio de este prólogo es, por una parte, la expresión de este aspecto en absoluto menor de mi vida. No obstante, este mismo relato, este ejercicio de memoria y de autoanálisis, se inició el mismo 7 de octubre de 2023. Y fue gatillado por la situación de extremo peligro a la que el Estado de Israel, con su política de expansión territorial y exterminio de la población árabe de Palestina, está llevando a los judíos del mundo entero, y ante la cual, a este judío, el que aquí escribe, no le es posible guardar silencio. El libro que termino de prologar aquí es consecuencia de esa imposibilidad.

10. En términos algo reales, algo figurados, en ocasiones he explicado este paso con una anécdota. El año es 1967, el lugar un gran anfiteatro de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, donde se imparte un curso para el primer año, al cual yo asisto. Llego algo temprano a la clase, ubico un asiento al azar, ni muy adelante, ni muy atrás. Ya por entonces las cosas estaban bastante politizadas, y se aproxima una elección del delegado de nuestro curso al centro de estudiantes de la facultad. Y sucede que, precisamente delante de mí, están sentados otros dos estudiantes, que revisan acuciosamente una lista del curso. Son jóvenes democratacristianos, hijos de célebres figuras de ese partido, y están tratando de predecir quiénes votarán por ellos y quienes no. La lista va avanzando hasta llegar a Sabrovsky. Y allí escucho palabras que, medio en broma, medio en serio, alguna vez he dicho que prefiguraron mi destino: "Este es judío, vota por los comunistas". Y así, de hecho, sucedió.